VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II	Montevideo, Mayo 15 de 1898	Núm. 44
Director y Redactor **RAFAEL J. FOSALBA**	DIRECCION Y ADMINISTRACION **Convención 82**	Secretario de Redacción **EDUARDO GANDOLFO**

GALERÍA DE BELLEZAS MONTEVIDEANAS



María Luisa Díaz Alvarez

(Fotografía de Fitz-Patrick)

SUMARIO

ESTETAS Y DECADENTES

«Sois unos petates;
yo los haré revueltos con tomates.»
(IRIARTE).

Nuestro fabulista Iriarte, de quien decia Moratin—y á mi humilde parecer, con razón—que hacia versos muy ramplones, pero de quien afirman y afirmarán siempre todos los críticos imparciales que fué literato de mucha cultura y de exquisito gusto, y persona de indiscutible buen sentido (y perdónenme los puristas el galicismo, si es galicismo, que tal vez no lo sea, aunque no lo creo), presintió indudablemente, con un siglo de antelación por lo menos, las fechorias que en el campo del arte, y en el de la literatura sobre todo, habian de llevar á cabo naturalistas y psicólogos, impresionistas y decadentes, intelectuales y *estetas*... y más *istas* y más *etas* que han salido ya y que irán saliendo, porque ni puedo recordarlos todos, ni esta verdadera irrupción de reformadores lleva trazas de acabar nunca.

Y digo que Iriarte debió de presentir la racha que ahora padecemos, porque algunas moralejas y bastantes máximas del originalisimo fabulista parecen ideadas y escritas para esos inventores de cosas ya inventadas, de quienes puede repetirse hoy *que presumen en vano de sus composiciones peregrinas*, las cuales ni son peregrinas, ni son composiciones siquiera.

Pero sin suponer al buen don Tomás adornado de esa facultad de adivinación, comprendese que lo dicho por él á sus contemporáneos venga que ni pintado á los contemporáneos nuestros, por aquello de que «al cabo de los años mil, vuelven las aguas por donde solian ir», lo cual es tan exacto que de ahora mismo parece lo de

«ni me entiendes, ni te entiendo,
pues cátate que soy culto»,

ó *intelectual*, ó *decadentista*, ó *esteta*, ó lo que se quiere, pues todo ello, dicho sea sin ofensa de nadie, viene á ser: «nada entre dos platos»; ó si esto se considera muy duro, digamos: «mucho ruido y pocas nueces».

Estoy refiriéndome á las escuelas, no á los artistas; hablo de las colectividades, no de los individuos. Entre estos hay quienes, titulándose naturalistas ó nombrándose románticos, pasando por decadentes ó figurando entre los estetas, hacen obras admirables; pero la gloria adquirida en tales producciones, no hay que abonarla en el *Haber* de la escuela, sino en la hoja de méritos y servicios del autor; el cual alcanza sus victorias, no por decadente, ni por esteta, ni por individuo de tal ó cual agrupación artificial y caprichosa, sino como creador de una obra de arte.

No hay que ahondar mucho en el análisis del fenómeno, tantas veces reproducido con formas distintas, pero con la misma esencia, para convencerse de que el nacimiento, el desarrollo y la desaparición, casi siempre rápida, de la infinidad de escuelas que embrollan la historia del arte, no son otra cosa que manifestaciones de la eterna lucha por la existencia.

Que á más de esa lucha por la vida hay en el hecho otras razones de ser, como el ánsia de la originalidad, la explosión de la envidia, el encono de la impotencia, no lo desconozco; pero lo principal, lo característico, lo determinante, es, en mi concepto, lo otro.

La lucha es inevitable... sospecho que será eterna; una generación empuja á otra generación. La que llega se considera, y está en lo justo, con derecho á la vida; la que estaba antes piensa, y con razón también, que tiene el mismo derecho. Entre los que llegan y los que están, entre los que pretenden hallar sitio en el *banquete de la vida* y los que no quieren dejar el suyo, entáblase combate, pero combate sin cuartel, á muerte. Pero el recién venido, el jóven, no puede limitarse á decir al viejo: «quitate de ahi, para que yo me ponga»; ni puede el viejo replicar: «ayuna tú, mientras yo como».

Esto y aquello seria, en último caso, la quinta esencia de la discusión; pero resultaria poco simpático y el jóven habla, no por él, sino en representación de nuevos ideales; y el viejo contesta, no en nombre propio, sino invocando el interés de la tradición y de las instituciones.

Y sucede siempre lo que es natural que suceda; el más fuerte alcanza la victoria.

Cuando á la sombra de la bandera del romanticismo pelea *Victor Hugo*, el romanticismo triunfa; cuando, con Emilio Zola, por jefe, combaten los naturalistas, los naturalistas vencen.

Las escuelas respectivas se envanecen y ufanan luego con aquellas victorias, y el siempre soldado de fila supone que él, siendo naturalista, y por el solo hecho de serlo, puede escribir novelas que asombren al mundo y que se vendan como las de Zola ó las de Daudet se venden; y solamente la experiencia le enseña, con harta crueldad por cierto, que no basta ser naturalista, sino que es necesario, además, ser Daudet, ó ser Zola, para conseguir la notoriedad anhelada.

Resulta también, y sobre esta *resultancia* llamo cariñosamente la atención de algunos *estetas* y *decadentes*, y *modernistas* que empezamos á vislumbrar ¡ay! entre nosotros, que examinando á la clara luz de la razón y con sereno juicio, los trabajos artisticos de esos innovadores, son buenos ó malos, medianos ó sobresalientes; pero son, ni más ni menos, de la misma, de la mismisimasubstancia de que fueron los trabajos de sus predecesores; los artistas por ellos anatematizados.

Balzac, en muchas de sus obras, es verdadero romántico; Zola, en el teatro, transije, ya lo creo que transije, con los *convencionalismos*, condenados por él cien veces. ¿Pues no habia de transigir?...

Lo mismo que transigirian los *estetas* y los *decadentes*, y los otros y los de más allá, si por el esfuerzo de uno de sus apóstoles, obtuviesen (séame permitida esta locución de toreo), *la alternativa*.

Búsquenla muy en hora buena; pero no nos mareen poniéndose apodos que nada significan, y pues nada nuevo traen en substancia, recuerden, á fuer de bien nacidos, ya que de bien nacidos es el agradecimiento, las palabras del fabulista mencionado:

Gracias al que nos trajo las gallinas.

A. SÁNCHEZ PEREZ.

Madrid, Abril de 1898.

La novia muerta

Cuando Lucía cayó como volcada
por una lluvia de sangrientas rosas,
se teñian las laderas fragaciosas
con los hilos de luz de la alborada!

Kár, el soldado de la piel tostada
que en las *siestas* de Enero, bochornosas,
soñó, del Miguelete en las frondosas
orillas, una eicha nacarada!...

La vió morir, tendiéndole los brazos
de la angustia final en el exceso,
cual si anhelara con eternos lazos

Dejar su cuerpo al de su amante opreso;
¡entre un delirio póstumo de abrazos!
¡á la lumbre imortal del postrer beso!

UBALDO RAMÓN GUERRA.

Las Piedras, Mayo 13 de 1898.

LO DE SIEMPRE

Margarita, agraciada mujer de diez y ocho primaveras, sostiene relaciones amorosas con Fausto de los Rios, apreciable jóven, que reside en pueblo distinto del de su prometida. Por circunstancias, que no necesitamos indicar, ha dejado él de escribir, faltando á la costumbre, cosa que preocupa en extremo á Margarita. Piensa, con razón, que Fausto la descuida...

Adrián, amigo de ambos, visita á la enojada novia, quien lo recibe de buen grado, sonriéndole; supone que sea mensajero de buenas nuevas; al efecto, le dice:

—¡Ah, deseaba verle!... ¿Qué sabe usted de Fausto?

—Me escribió hará seis dias...

—Es usted más afortunado que yo... ¡Van tres semanas que no recibo carta de él! ¿Qué significará eso?... ¿Estará enamorado?

—¿De usted?

—No; de otra... ¡Los hombres!... ¡Usted no los conoce!... ¿Verdad que Fausto no debe conducirse tan mal?

—¡Oh, no! Quién sabe... El me indicó algo...

—¿De mí?... Cuénteme... ¿Qué le decia?

—Muchas expresiones...

—¡Bah! Eso se le envia á cualquiera... ¡Ya Fausto no me ama! Al principio sus cartas eran largas, casi interminables... Después... ¡qué diferencia!... Parráfitos cortos... asi... para salir del paso... ¡Ah, yo me fijo!... ¡Cuando se ama se dicen tantas cosas!... No porque uno las inventa... ¡Si viera usted su última carta!... Parece que buscó, á propósito, el pliego de papel más reducido... ¡Y si lo hubiera escrito todo!... Dos carillas escasas... La letra extendida... ¡claro, para llenarlas pronto!

—¡Esos síntomas!...

—Siempre se escusa con sus ocupaciones... Las únicas palabras cariñosas que le agradezco son las finales—«Tuyo hasta la muerte».—La frase obligada... ¡La sabe de memoria!...

Adrian mira, riéndose, á su interlocutora, y dice:

—Deje usted á Fausto de mi cuenta; le escribiré mañana; conozco un buen recurso.

—Yo pensaba escribirle...

—No tome usted la pluma; dediquese al espejo.

—Pues bien; digale que estoy muy sentida; que no tengo gusto para nada; que no sea tan ingrato!... En fin, usted sabe... ¡Ah! No deje de poner que no salgo de casa...

—No le diré esas tonterias.

—¿Por qué?

—Si escribo á Fausto como usted siente... ¡paréceme verlo!... Recibe la carta; la lee, un tanto sonreido, diciendo:—«¡La pobre!»—Saborea de nuevo la lectura, y piensa—«Le escribiré esta noche»—Llega tarde á su domicilio y se pregunta—«¿Qué tenia yo que hacer?... ¡Ah, si, Margarita!»—Consulta el reloj y observa que es avanzada la hora—«Mañana»—El sol le sorprende en el

lecho; se despereza murmurando—«¡Qué pesadez!»—La deja á usted para «después del almuerzo»; pero como la digestión exije reposo, resuelve—«Antes de comida»—Se dispone á salir del compromiso; busca papel, pluma y... se encuentra sin tinta!... Descuidos... ¿Y Margarita?—«¡La pobre!» —Nada le falta; siéntase á escribir; empieza —«Idolo mio»—Reflexiona un instante— «Así no; puede caer esta carta en manos extrañas... No quiero aparecer como tonto»— Malo es cuando un enamorado comienza á reconocer sus tonterías. Toma otro pliego— «Querida Margarita»—¿Y después? Es necesario un pretexto; justificar la tardanza—«Una ligera indisposición»—O de otro modo— «Mis múltiples ocupaciones»—Lo mejor y de más efecto es—«Me extraña que no hayas contestado á mi última»—¿A cuál? Una carta imaginaria. Nada más fácil que un extravío. ¿Para qué están ahí las malas vías de comunicación y las irregularidades de los correos?

—¿Será Fausto capaz de hacer todo eso?

—Si está en el ocaso del amor...

—¿Y en qué forma piensa usted escribirle?

—Procuraré que no esta'le para que pueda volar á donde usted.

—¿De veras? Usted habrá amado... Es natural!...

—Si, muchas veces el «dó de pecho»... Pero ahora amo de falsete... A propósito, ¿no vá usted al teatro esta noche?

—¡Ah, no! ¡Puede saberlo Fausto!...

—Eso es, precisamente, lo que deseo; no deje usted de ir.

—¿Qué ópera se pondrá en escena?

—*Un ballo in maschera.*

—¡No faltaré!

Temprano, al dia siguiente, escribe Adrián fiel á sus ofertas:

«Querido Fausto:

«Muchas vacilaciones han precedido á la noticia de que es portadora la presente carta. La amistad que, en buena hora, nos une, me aconseja un proceder leal. ¡Ah! La vida es un festin de esperanzas interrumpido por las decepciones hostiles... ¿Pero á qué entretenerte con inoportunos rodeos? Anoche concurrí al teatro. Allí estaba ella; la que amas. ¡Si la hubieras visto!... ¡Nunca tan alegre! No pude menos que pensar—«¡Serán todas así?»—Dos veces fijó en mi sus miradas como si tuviera algo que decirme. Adiviné su idea—«¡No me descubras!»

«La verdad, por amarga que sea, es preferible á esas mentiras fecundas en promesas estériles. Margarita será ingrata... ¡lo que tú quieras! Pero—¿á qué negarlo?—¡tiene tantos atractivos!... ¡Estaba seductora! Lucia un bonito traje color crema adornado con flores y cintas preciosísimas. Su blonda cabellera, prendida con gusto exquisito, provocaba la envidia de todas. ¿Qué te diré de su flexible talle? Un gracioso juguete de la coquetería. ¿Y de su adorable boca? Reia de exprofeso, para denunciar el tesoro de sus perlas. Un cáliz de coral que estrenará el hombre en noche de fiesta, con la fórmula de un beso consagrada al amor. ¿Y sus hermosos ojos? Dos cielos compendiados; el alma asomaba á ellos complacida de animar aquel conjunto de gracias femeniles. Su robusto brazo descubierto... ¿Pero á qué hablar de lo que tú conoces? Una mujer así es peligrosa... ¡Ah, Fausto, olvídala!

«Durante uno de los entreactos la vi paseando acompañada de Isabel, su amiga predilecta; y Augusto, el jóven de moda, como suelen l'amarlo, se acercó á ella para ofrecerle, á cambio de sonrisas, el manjar sabroso de los requiebros. ¿Qué haria Margarita de un clavel encarnado que ostentaba su seno? Ignoro si fué el que vi, más tarde, en poder del jóven aludido.

«Luego ...no quisiera decirte...¿por qué no? El deber me obliga. ¿Tratándose de mi no harias otro tanto? Pues bien: no recuerdo en qué acto cantaba la tiple una deliciosa romanza. ¿Y qué hacian Augusto y Margarita? Mirarse y sonreir. ¿Hallábanse, quizá, en comunicación intima, merced al influjo irresistible de aquel idilio de harmonias? ¿Se iniciaban, tal vez, en los secretos del travieso hijo de Venus?... ¡No hagas caso!... ¡Yo no debiera referirte tales cosas!...

«Terminó la tiple, y el entusiasmo, rompiendo las trabas que lo sujetaban, se desbordó en aplausos. Augusto y Margarita, que compartian, al parecer, gratas impresiones, dijéronse con el lenguaje de los ojos:— «¡Si repitieran eso!»—Y llevaron al paraiso sus miradas. ¿Acudian á la exigencia para que hiciese repetir la romanza? ¡Cuánto me acordé de tí en esos momentos! Imaginé que estarías, indócil al sueño, consagrado al culto de tu ídolo: á Margarita. ¡Ah, cómo nos engañamos! Duermes en la confianza del amor... No extrañes, pues, que yo te despierte. ¡No seas perezoso; levántate!

Tu leal amigo,

ADRIÁN.»

Transcurrieron dos dias. — Meditando, Adrián, á solas, en su domicilio, acerca del efecto que produciria la carta, siente pasos... Alegremente sorprendido, exclama:

—¡Oh, Fausto! ¿Tú por aquí?... Vengan esos brazos... Y qué tal... ¿recibiste mi carta?...

—¡Si; leerla y emprender viaje fué todo uno!

—¡Qué, tanta prisa?

—¡Qué quieres!... Acabo de ver á Margarita!...

—¡Qué me cuentas!

—He cumplido con un deber... Tú comprenderás...

—¡Ah, si!... Habrás roto con ella.

—¡No; no es eso!

—Ya sé... La habrás llenado de reconvenciones enojosas...

—¡Tampoco!

—Bien, explícate... ¿qué has hecho?

—Pedir su mano de esposa... ¡No te rias; la cosa es séria!... Margarita... tú la conoces... una buena muchacha...

—¡Oh, si!

—No te rias... Necesito una compañera... constituir hogar... La vida de soltero se hace fastidiosa... Tú sabes...

—Si, la filosofía del que quiere casarse.

—¡Ah, me olvidaba!... Eso que has escrito ...lo de Augusto...

—¡Bah!... Tonterias... Creí que estabas distraido, y que ella, Margarita, buscando sustento ideal...

—¡Ea, adios!

Dos horas despues, Fausto y Margarita, departen cariñosos tocante á las proyectadas nupcias, prometiéndose un mundo de dichas inefables. El recuerdo de los sucesos ocurridos mueve á la mujer á preguntar, en tono de queja, á su futuro cónyuge:

—¿Por qué no me escribias?

—Estuve indispuesto... Por otra parte, mis ocupaciones...

—¡Disculpas!

—No; sabes cuales son mis propósitos... Pero ¡ah!... dime... ¡esa carta!...

—¡Cosas de Adrián!

—Me dabas al olvido ¿no es cierto?

—¡Ay, no!... ¡Te juro!...

Adrián aparece; Margarita lo reconviene, diciéndole:

—¡Hombre, muchas gracias!

—¿Por qué?

—¡Qué carta escribió usted á Fausto?...

—¡Eso no se hace!

—Si... yo...

—Lo ves?... No sabe qué decir.

Fausto mira á Adrián con enojo y dice:

—Qué empeno tenias en indisponerme con Margarita?

—¡Muy censurable ha sido su conducta!

—¡Dirás que eres mi amigo!...

—¿Cuándo me vió usted en conversación con Augusto?

Adrián permanece de pié, fija la mirada en el suelo, como reo convicto ante sus jueces. Por fin exclama:

—¡Y haga uno bien!

—¡Ahora recuerdo!... Usted me aconsejaba... ¡Ay, qué mala intención!

—Sabes hacer daño!

—Lo dices porque vas á casarte?

—Ha hecho usted el papel de Mefistófeles!

Adrián se retira riéndose, en tanto que Margarita encarga á Fausto:

—No lo invitemos á la boda.

—Eso es; por enredador.

L. A. PONCE DE LEON.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

EL MAR Y LA PLAYA

(Poesía inédita del libro "Diálogos" próximo á aparecer)

EL MAR

¡Héme aquí! ¡Ni un instante
te abandona tu amante!
¡Nuestro amor es eterno!...
Siervo y señor al par, con mis rugidos
van á ti mis arrullos, confundidos
en fragor sempiterno...

LA PLAYA

¡Héme aquí!... Ya me implores
y á mis piés languidezcas
y con blandos arrullos me enamores;
ya, tirano, ante mí te ensoberbezcas
y tu poder con furia se desate
y sin piedad me venza y me maltrate...
siervo ó señor, ¡te amo!,
y por dueño te quiero y te proclamo!

EL MAR

¡Oh dulce amada mia!,
si es grande mi poder, es tu ternura
más grande todavía...
no hay fuerza que se imponga á mi bravura
con ímpetu salvaje
al Universo entero desafía
sin tregua mi oleage...
¡sólo tu amor inerme,
tu inagotable amor, sabe vencerme!

LA PLAYA

¡Oh amado!, al mar potente,
la viril fortaleza,
la exaltación indómita y pujante;
á la playa indolente
la femenil flaqueza,
la pasión espectante...
Allá, en la selva, el viento
mece á la flor con blando movimiento
ó con violento empuje la doblega;
la flor, siempre propicia,
al viento que la azota ó la acaricia
sus pétalos entrega...
Arrullos ó rugidos,
¿qué importa, si á mí vienen dirigidos
como tributo tierno?...
¡Héme aquí!. . ¡Ni un instante
te abandona tu amante;
¡nuestro amor es eterno!

EL MAR

¡Eterno! ¡si!... Ridículos gusanos,
ráfagas que al nacer se desvanecen;

de sus amores vanos
los hombres sin cesar se enorgullecen...
¿Qué son, amada mia, sus amores
ante el amor profundo
que nos ata?
¡amor que abarca el mundo
y al través de los siglos se dilata!...
¡Y en tu lecho de céspedes y rocas,
cómo al amor provocas,
¡oh, dulce y tierna amada!
siempre rendida á mis caricias locas,
¡pródiga siempre, siempre enamorada!
¡Y es digno de este amor que en mi se encierra,
digno de tu hermosura,
nuestro nupcial palacio!...
¡Por tálamo la tierra,
por lámparas los astros en la altura,
y por techo el espacio!...
El hombre, ante nosotros se detiene,
nos contempla y se asombra,
y en su pobreza y pequeñez conviene,
¡él que por rey universal se tiene
y gigante se nombra!...
¿Nos comprende?... Tal vez... quizá adivina
nuestro a...or inmortal, inacabable,
y á su dios recrimina
que á su ar...gante espíritu confina
en la cárcel mezquina
de un cuerpo miserable...
¡Si él concebir pudiera
la inmensidad de nuestro amor, y viera
que cada arena tuya es una vida,
que es cada onda que en tu seno avanza,
un ensueño, un afán, una esperanza,
¡una pasión!... ¡al punto complacida!...
y si después pensase que un momento
nuestra ilusión no ceja en su pujanza
ni cede en su ardimiento,
y que al nacer el dia
me sorprende en tu seno reclinado
cual celoso y prendado,
me dejó el anterior en su agonia;
y que la noche umbrosa
no es para nuestro amor tregua enoj sa,
sino propicio instante
de mútuas confidencias,
de secretas y dulces complacencias,
de exaltación triunfante...;
¡y que pasan en marcha voladora,
los siglos, sin que ceda en sus vehemencias
la infinita pasión que nos devora!..
¡ah! el hombre lloraria
y humillado á la muerte llamaría...

LA PLAYA

¡La muerte!... ¿Y qué es la muerte?...
En fuerza de quererte,
á veces vagamente lo imagino
preguntando al destino
si llegaré á perderte...
Mas ¿quién piensa en morir? ¡Nó, ni un instante
te abandona tu amante!:
¡nuestro amor es eterno!
siervo ó señor, audaz ó reverente,
¡ven!... apoya tu frente
en mi regazo tierno..
¡ah! que cu...ndo en mi seno te reclinas
y con ondas humildes, cristalinas,
me arrullas y me bañas,
sutil, fecundadora,
tu linfa halagadora
se filtra en mis entrañas;
y cuando tu voz ruge,
y con ardiente empuje
en mi seno tus olas se concitan,
mi ternura se aumenta,
y en convulsión violenta
mis arenas á ti se precipitan...
¡Héme aqui!... Ya me implores
y á mis piés languidezcas
y con blandos arrullos me enamores;
ya, tirano, ante mi te ensoberbezcas
y tu pasión con fúria se desate
y sin piedad me venza y me maltrate...
¡Oh, ven, ven! ¡que te amo
y por dueño te quiero y te proclamo...!

EL MAR

¡Héme aquí!... ¿Quién podría
resistirse á tu voz?... ¡Oh, amada mia! ..

—Era la pleamar. Grande, violento,
sobre la playa se lanzó el coloso.
La playa le acogió, y hubo un momento
de solemne reposo...

F. VAAMONDE.

Madrid, Abril 12 de 1898.

AMANECER

¡Vaguedad y quietud: la blanca vía
que cruza lo infinito, palidece
y el lejano horizonte se enrojece
con la rosácea claridad del dia.

Granizo de chispeante pedrería,
verde hierba y florestas humedece
que el ténue soplo de la brisa mece
en rizadoras ondas de harmonía.

Se oye en el rancho un trino de guitarra,
las aves cantan á la luz naciente,
gime á lo lejos el raudal sonoro...

Y en girones la niebla se desgarra,
que el rey astro asomando por Oriente
todo lo alegra con sus rayos de oro!

JUAN J. PICÓN OLAONDO.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

PROFESIÓN DE FÉ

Caia la tarde, serenamente azul en Oriente y gloriosamente dorada al Poniente. Apoyados en la baranda marmórea del balcón de la casa de *mi linda*, absorbidos por la belleza inmensa de la tarde, y viendo aparecer allá en el fondo de la calle la pálida estrella del amor, Vénus, sobre el horizonte de tonos violados y verde luz que se reflejaban en el espejo ustorio del mar en calma; llenos los corazones de una aspiración divina, como complemento del amor, hablábamos de religiones, en un *vis à vis* encantador, pues yo veia en el fondo de sus grandes ojos sombrios dormir toda la gloria espléndida de aquella tarde de primavera.

Con su dulce voz, perfumada como un jazmincito del país, sonora como un trino de la Patti, me dijo, entre séria y sonriente, así como el que duda: «Tú no eres creyente!»

Y respondí trémulo de emoción al oir esas palabras: «Que no soy creyente!... Siento hondísima tristeza al notar que mi alma tiene pliegues ocultos para ti, cuando quisiera que fuese transparente como el agua cristalina del arroyo que deja ver, distintas, las guijas doradas de su lecho de menuda arena.»

Ella, al notar que su frase me habia herido, cariñosa, quiso reparar la sangre de mi dolor con la venda de estas dulces frases:

—Sí; no eres creyente de mi religión ni de mi Dios, pero tu amor inmenso disculpa tu irreligiosidad... ¿no? .. me parece...

—Nó! respondí vehemente: nó! creo en Dios y en la inmortalidad del alma: creo que la forma es pasajera, y que si ayer nos confundimos en las moléculas del oro de la joya nupcial que llevó en su brazo una virgen romana, si ayer nos amamos siendo rosas en un jardin, ó siendo palmeras en un bosque, hoy confundimos nuestras almas en un beso apasionado, siendo séres humanos; que, si ayer éramos los infusorios de la gota de agua evaporada en un rayo dorado de sol, ó los átomos pálidos del color de una azucena perfumada, ó las vibraciones luminosas de la estrella Urania (para citar una), hoy somos la idea en el cerebro, la fuerza en el músculo, la energía vital en el alma, y el amor en el corazón ardiente...»

Mientras hablaba así, *mi linda* me oia como si todos los poros de su cuerpo hechicero fueran oidos, me oia con toda el alma; así continué cantándole mi profesión de fé al oido...

—Si no creyera en Dios, no creería en el amor; no creería en el afecto santo que une nuestras vidas como el hilo invisible del collar une las blancas perlas... así como dicen los Wedas del Dios de los Bramines.

«Porque creo en Dios, pienso que, nuestro pasaje por la tierra, no es más que una preparación del alma para ir á habitar mundos superiores al nuestro, que la ciencia comprueba, y que es el fin primordial de todas las religiones...

«Porque creo en Dios tengo fé en el porvenir; por eso, trabajo y lucho en esta batalla de la vida; por eso, tengo fé en los destinos de la humanidad, y que así como se hace un Congreso hermoso de los sacerdotes de todas las religiones conocidas que tienden á un fin común de un culto universal, así tengo fé en la fraternidad humana, en la supresión de las fronteras, en que no haya explotados ni explotadores; en que, así como ha llegado desde la cima gloriosamente fulgurante del Calvario, á través de las sombras de veinte siglos, el foco de luz de la igualdad de las clases, ha de venir la igualdad de las riquezas y los placeres ..

«Amada mia! soy creyente, no fanático. Hay en las fibras de mis sentimientos tanta religión como puede haberla en tu alma virginal cuando se arrodilla para elevar al Dios del infinito, lo infinito de tu amor que pide al cielo mi salud á trueque de la tuya preciosa. Mi culto es de tal manera eficaz, que cuando digo: *Te amo!* es lo mismo que si dijera: *Creo en Dios!...*»

—Cómo! *mi linda* repuso, admirada de mi idea y como maravillada de comprender algo de ese sublime poema apenas balbuceado en el templo de su alma virginalmente blanca.

—Sí, respondí; porque mi Dios jamás condena ni castiga; si fuera malo, entonces no sería Dios perf cto; es todo amor, todo bondad, todo placer; y la mejor y más sentida oración que puedo dedicarle, es amar, amar mucho y bien, de toda alma, con todas las fuerzas de mi sangre jóven, sobre todas las cosas y los hombres, á despecho del mundo y sus maldades, venciendo caprichos y desdenes; con un amor que tenga algo de luminoso, así como un astro brilla solo, pero espléndido, en una noche tempestuosa... así como te amo á ti... á ti que eres mi lindo sol, que irradia en la sombra de mi azarosa vida...

«Ahora que lo sabes, ¿me dirás que no soy creyente?... Cuando te diga: *Creo en Dios!* es lo mismo que si te dijera: *Te amo!* que esas dos frases son como dos bocas para un solo beso, y dos almas para formar las alas de un solo ángel amoroso.»

Mi linda inclinó la frente, y mis ideas penetraron en su corazón por su oido, comunicados entre sí por el hilo eléctrico del sentimiento. Estaba tan bella, que en su frente parecía reflejar la estrella del amor, Venus, que irradiaba sobre nuestras cabezas como una bendición luminosa de los cielos...

Acerqué mis lábios trémulos á su frente

blanca y perfumada, y me pareció que aquel beso tan solemne era la comunión de fé de dos almas enamoradas!...

Francisco C. ARATTA.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

ESPAÑA

(FRAGMENTO)

Ella escuchó á Colón; fueron sus hijos,
esforzados y nobles corazones,
que á seguir al marino se aprestaron;
y el oro de su Reina y los Pinzones
el que naves les dió, frágiles naves
en las que aquellos héroes sin segundo,
del temor ahuyentando los vestiglos,
audaces se lanzaron
en el ignoto piélago profundo,
á la empresa más grande de los siglos!

. . . .

. . . .

Y los años rodaron
del tiempo en la brevísima pendiente,
y el mundo de Colón, resplandeciente,
de pompa y lujo raro,
del manto maternal bajo el amparo
incesante crecia,
y de sávia vital exhuberante
crecia con aliento de gigante.

Un dia, de sus fuerzas
mide el alcance, y en su afán advierte,
que si pequeño ayer y débil era,
hoy es grande y es fuerte;
tropel de nuevas fúlgidas ideas
en su alma se desatan;
vallas le cercan y cadenas le atan,
y un anhelo infinito
de libertad el ancho pecho expande
y al resonar de libertad el grito
sobre la altiva cúspide del Ande,
sus cadenas destroza noble y fiero,
é irguiéndose altanero
es libre, y es más grande!
No por ello lo fué menos España,
la nación generosa
que el heroismo y la hidalguia entraña,
y á quien para ser grande y poderosa
sin afanes prolijos,
el alma basta de sus nobles hijos,
sus hijos, los que un dia,
invencibles formando sus legiones,
de un polo al otro polo
pasearon victoriosos sus pendones;
los que extranjeros cetros humillaron,
los que viles tiranos abatieron,
y los que al mismo génio de la guerra,
que oprimir pretendió la hispana tierra,
valientes contuvieron,
sus altaneras águilas domaron,
y en su veste imperial hecha girones,
de la victoria al refulgente rayo
grabaron con la garra de sus leones
una fecha inmortal: *¡el 2 de Mayo!*

Estanislao PEREZ NIETO.

Paysandú, Mayo 11 de 1898.

LA AGUJA DE COSER

Para los ilustrados lectores de Vida Montevideana, acostumbrados á extasiarse con la lectura de brillantes trozos de literatura, de magníficas producciones poéticas; acostumbrados á quedarse dormidos por la sublimidad de pensamientos, nuestro tema, *La aguja de coser*, ha de causarles el efecto de los cuentos de las brujas con todas las resonancias de los innumerables telégramas de la guerra hispano-norteamericana.

Sin duda, estos renglones, pasarán sin leerse, pues por mucha importancia que tengan en relación al uso diario de la aguja en el hogar y se reconozca su innegable servicio, necesario y útil, es una verdad inconcusa que son muy pocas las personas que se detienen en la observación y estudio de cuán delicada obra debe ser la construccion de ese instrumento tan diminuto con que se realizan trabajos los más primorosos y de utilidad dignos de la mayor admiración y gran valor.

Empero, aun prometiéndonos el que haya quien pase por alto esto que escribimos, debemos suponer que tratándose de la aguja tan común entre las familias, ya sea empleándola para remendar las ropas á que se ven hoy obligadas por la mala situación económica á que están reducidas por efecto de los derroches en gastos supérfluos, ostentación de lujos y paseos; ora sea empleándola en coser, bordar ó tejer, para proporcionarse los recursos de subsistencia diaria con dignidad y honradez sin ser gravosas al Estado ni verse en peligro de que la miseria las lleve á perder su pudor y su honor, creemos que nuestro tema, si bien apreciado bajo la faz literaria no tiene atractivos para las personas ilustradas, no sucederá lo mismo estudiando su fondo instructivo respecto al conocimiento de la construcción de un instrumento tan diminuto como la aguja de uso constante en el hogar. Bajo este concepto, nos prometemos ha de merecer buena acogida y se aceptará como de utilidad social, la reproducción de los datos que siguen, tomados del diario *La Correspondencia de Galicia:*

«La aguja, del latin *acúcula*, es un instrumento de acero, hierro, madera ú otra materia apropósito, que termina en punta por un extremo y en otro tiene un ojo por donde se pasa la hebra de aquella materia especial con que se cose, borda ó teje.

Asi dice el diccionario *Hispano-Americano*; pero aun cuando no lo dijera, para nosotros seria lo mismo, pues ¿quién no sabe lo que es una aguja?

¡Qué objeto más diminuto, más insignificante es la aguja! Y sin embargo, ¿qué seria la humanidad sin ella?

Penetrados de toda su importancia, vamos á trazar, á grandes rasgos, su historia, que es paralela á la de la civilización humana.

El uso de la aguja es antiquísimo. En su forma más primitiva no era sino un punzón sin ojo. Luego se le añadió un ganchito para sujetar el hilo, y es imposible indicar la época en que éste fué reemplazado por un agujero. Los arqueólogos creen haber descubierto que los hombres comenzaron á usar agujas de ojo en el período llamado del cuchillo, por ser éste, entre los útiles de piedra, el más abundante y el que más imprime verdadero carácter. En aquellos tiempos prehistóricos las agujas se hacian de hueso ó de asta de ciervo. Se redondeaba por medio de cuchillos de pedernal, se les sacaba punta frotándolas en una piedra, y en el extremo opuesto, más ancho, se le abria agujero por medio de otro instrumento de pedernal, muy agudo.

El hombre primitivo, para servirse de la aguja asi fabricada, comenzaba valiéndose de un estilete ó punzón por medio del cual agujereaba las pieles con que queria cubrir sus carnes, y, hecho ésto, á la manera de lo que hoy hace el zapatero con la lezna, introducia por el agujero la aguja enhebrada con alguna fibra vegetal ó con algún delgado tendón de animal, dando puntadas alternativas hasta dejar cosida la tosca prenda.

Es digno de consignarse el hecho por demás curioso de que hay que llegar á una época relativamente moderna para advertir en la labra y estructura de la aguja algún progreso.

En las agujas de la antigüedad estaba hecho el ojo por la dobladura del extremo opuesto al de la punta, soldándose dicho extremo al cuerpo de la aguja. Posteriormente se agujereó directamente el metal, aplastando primeramente á martillazos el extremo de la cabeza.

Hasta fines del siglo XVIII las agujas se fabricaban á mano, sin auxiliar mecánico alguno. En los siglos XVI y XVII, España era una de las naciones más adelantadas en esta fabricación, habiendo alcanzado las agujas de Toledo la fama que hoy tienen las inglesas. El título 31 de las Ordenanzas de Toledo, en el siglo XVI, dá disposiciones para impedir la importación en la Península de agujas extranjeras más baratas y de peor clase que las españolas.

Ya en 1795 entraron operaciones mecánicas en la fabricación de las agujas, asi por ejemplo el pulimento, que se obtenia imprimiendo movimientos de vaivén á grandes paquetes de agujas mezcladas con asperón finamente pulverizado y rojo de Inglaterra. La fricción á que de este modo se somete las agujas las limpia y pulimenta.

La fabricación exclusivamente mecánica de las agujas data de mediados del presente siglo, siendo Inglaterra y Alemania las naciones que se llevan la palma en este género de fabricación.

Esta comprende una porción de operaciones distribuidas entre 80 ú 85 obreros y uno de los ejemplos más curiosos de la división del trabajo. Cada aparato que se emplea en esas operaciones es una maravilla de mecánica menuda.

La fabricación de las agujas puede dividirse en séries de operaciones: 1.ª Operaciones que consisten en transformar el alambre en agujas en bruto —2.ª Operaciones necesarias para el temple y recocido de las agujas.—2.ª Apartado de las agujas pulimentadas; y 4.ª Afinación y empaquetado de las agujas para destinarlas al comercio.»

Que sirva de instrucción á cuantas con la aguja ganan honradamente el pan cotidiano.

Constante G. FONTAN ILLAS.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

Á TÍ, COMO SIEMPRE

No aspiro yo la palma de la gloria,
ni del génio el verde laurel sacro;
no pido aureolas que mi frente ciñan,
no al mundo pido su banal aplauso.

A mi me basta la alabanza pura,
que, ardiente, brota de tu amante lábio;
á mí me basta tu cariño virgen,
tu amor eterno y divinal y santo.

A mí me basta, en éxtasis sublime,
sentir el fuego de tus ojos castos
y ver cómo ellos, con inmenso orgullo,
tiernos me miran, fulminando encantos.

A mi me basta, en horas de ventura,
tu dulce boca con amor besando,
columbrar, no el alcazar de la gloria,
¡sino aquel nido que adoramos tanto!

Juan Carlos MENENDEZ.

San José de Mayo, Mayo 13 de 1898.

Fragmento de un poema

. . . .
. . . .

Las misteriosas voces de las selvas
que en la tranquila noche
susurran sus pesares y sus cuitas
á blancas madreselvas
y á la irisada flor que abre su broche;
los cánticos divinos y celestes
que entonan los querubes
envueltos en las blancas, ténues vestes
de las hermosas nubes;
y las notas süaves y harmoniosas
de la lira de un bardo enamorado,
jamás podrán cantar las gracias de ella.
¿Quién podria describir en suave canto
las luces de una estrella?
¿Quién podria decir el dulce encanto
de la aureola que irradia su cabeza?
¿Qué mágica destreza
podria copiar con frases su hermosura,
que dulcemente pura,
hace pensar en ángeles y en hadas,
hace escuchar sonidos de canciones
y ecos de baladas?...
Fuera el intento vano:
que al admirar su espléndida belleza,
el alma en sopor suave
se remonta á los cielos
como en alas de una ave,
y allá se envuelve en vaporosos velos...
siguiendo de un ensueño las siluetas,
y luego desparece
absorta, contemplando los planetas.

EDMUNDO F. BIANCHI.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

UNA CITA

Era una hermosa mañana de primavera del año 1892.

Estaba de moda el paseo de «Las Chanitos», una pintoresca quinta situada en la quebrada de San Francisco, de esta ciudad. Allá íbamos con mi amigo Eduardo á pasar un dia de campo.

Al enfrentar á la puerta principal de la iglesia Matriz, nos detuvimos á presenciar el desfile de numerosas personas que acompañaban á una interesante pareja que acababa de recibir las bendiciones matrimoniales.

Cuando los novios pasaron junto á nosotros, noté que Eduardo estaba pálido como un cadáver.

--¡Bienhaya la pareja, hombre! le dije. Dios los ha criado y... tio Manero los ha juntado.

--Así .. parece, balbuceó suspirando mi amigo.

--Pero ¿qué te pasa? le interrogué sorprendido.

--Nada; una tontera.

--No me la pegas, picarón, le repliqué, cuando ya lo ví algo tranquilo. Entre las bellas acompañantes vá sin duda la ladrona de tus cinco sentidos.

--Déjate de bromas, me dijo con seriedad; que desde este momento no estoy para ellas.

--Vamos, amigo, larga la sin hueso. ¿Cuál es? Quiero conocerla.

--Te juro que no conozco á ninguna.

--Entonces ¿qué significa esa emoción súbita, casi mortal, que has sufrido?

--Es... un recuerdo...

--¡Ah! un recuerdo. Si no podias engañarme!

--Más bien dicho, es una historia algo original.

--Pues me la cuentas para salir de curiosidad.

--Nó; es imposible.

--No hay tutia. Me la cuentas y bien contada Si es muy extensa, tenemos todo el dia para ello; si es breve, nos servirá para acortar el camino de aquí á la quinta. Andando y al grano.

--Eres demasiado exigente; pero, en fin, te la contaré; eso si, me prometerás no reirte de su desenlace.

--Prometido.

Y nos echamos en demanda de «Las Chanitos».

Y Eduardo empezó su relato:

--Hace tres años. Todas las tardes, al pasar por la calle de X, divisaba asomada al balcón una linda morena. Cuando yo la dirijia una lánguida mirada, ella clavaba en mí sus negras pupilas de un modo que me enloquecia.

Pasado un mes desde que nos conociamos --de vista, es claro, porque nos mirábamos harto--y ya completamente hechizado por esa mujer, pensé que era necesario buscar el medio de acercarme á ella, de hablarla, de decirla que la amaba, de saber, en fin, si yo vivia de una ilusión ó si era secretamente correspondido en mi pasión.

¿Cómo conseguirlo?

Iba á los teatros, á los paseos, á las fiestas religiosas; en todas partes la encontraba, pero tenia que conformarme solo con mirarla, porque nunca se separaba de su lado su padre, un vejete que parecia un Otello.

No me quedó otro camino que el vulgarísimo de los enamorados: el soborno de la sirviente para convertirla en correo.

¡Qué número más inmenso de cartas nos escribimos!

Laura--así se llamaba la bella morena--estaba loca de amor por mí, y yo completamente deschavetado por ella. Nos amábamos con frenesí; pero no podiamos hablarnos sino por medio de las cartas, lo que era para mí como el suplicio de Tántalo.

Como comprenderás, pedí una cita, la que me fué concedida al fin, después de muchas exigencias, y fijada para una noche á las nueve.

Temblando de emoción me dirijí á casa de Laura.

En la puerta de la calle me aguardaba Sara, la sirviente, que apenas me vió, me dijo alborozada:

--¡Al fin ha conseguido usted llegar donde está ella!

--¡Calla! le observé. ¿Dónde y cómo voy á verla? ¿y su padre?

--No sea usted bendito. Está en cama, lo mismo que don Andrés, su hermano. Sígame y nada tema. Todo está preparado. La señorita espera que usted esté en el jardin para reunirsele.

Crucé, pues, en pos de la sirviente un obscuro pasadizo y después de descender por una ancha escala, me encontré en la puerta del jardin.

--Empuje usted esa puerta y entre, me dijo Sara, y se retiró.

Unos cinco minutos permanecí en aquel sitio, sumido en completo silencio. Solo mi corazón hacia ruido con sus violentas palpitaciones.

De repente sentí pasos de álguien que se acercaba.

Adelantéme un poco y acercándome al bulto que en la obscuridad divisaba y que se movia apenas, exclamé:

--Laura, ángel mio, virgen de mis ensueños, ¿con qué podré pagarte este sacrificio?

--¡Con esto, *amigo!* contestó la gruesa voz de un hombre, descargando un feroz garrotazo sobre mi cabeza.

Por fortuna, pude parar á medias el golpe y disminuir un tanto su fuerza; de lo contrario, me rompe el bautismo

Traté de huir en seguida, pero con tan mala suerte que, en vez de salir por donde habia entrado, tomé por otro lado, en donde me encontré con un enorme perro que se apoderó de una de mis pantorrillas, sacándome el pedazo de carne con ropa y todo.

J. JOAQUIN SALINAS.

Valparaiso, Abril 20 de 1898.

(Concluirá).

A MI MADRE ENFERMA

En las enhiestas cumbres, madre mia,
la blancura se cuaja;
una montaña alzaron tus dolores
para nevar tus canas!

Ellas son las espumas amargosas
que mueren en la playa,
cuando en el seno de la mar su furia
la tempestad desata!

Ellas, reflejos son de tus virtudes,
de tu paciencia rara,
y en la incesante lucha por la vida
son mi bandera blanca!

No el frío de la nieve me entumece
cuando beso tus canas,
que el exceso de frio, madre mia,
dá el calor de la llama!

Al llegar al santuario de tus penas
un resplandor me baña,
y como si una imagen allí hubiera
deténgome ante el ara!

Levanto la oración del que piadoso
ante la fé consagra,
y lágrimas de amor vierten mis ojos
al bendecir tus canas!

En las enhiestas cumbres, madre mia,
la blancura se cuaja;
una montaña alzaron tus dolores
para nevar tus canas!

¡Ay! cuánto sufrimiento ha calcinado
la sàvia de tu alma!
¡Cómo vibra doliente una elegía
en cada hebra blanca!

WERTHER.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

VIDA SOCIAL

Al pais del Ensueño van llegando guiados por la mano de la dulce Felicidad el cumplido caballero Alberto Rodrigo Albert y la hermosa y gentil Isabel Fontan Fernandez-- Cuentan las hadas del Amor que cuando llegue Junio con su nevada cabellera y su ropaje frio y severo, la amante pareja recibirá emocionada la santa consagración del buen Dios.

Y susurran brisas curiosas que, con motivo de tan fausto acontecimiento se realizará una espléndida fiesta en la morada del señor Fontán Illas, padre de la graciosa desposada.

--El distinguido José Clulow y la atrayente y simpática Selva Comparada unirán sus almas en estrecho lazo para habitar eternamente los palacios encantados de la suprema dicha.

¡Felicidades y ternuras sean los inseparables compañeros de tan gentil pareja!

--El doctor César Gondra y su jóven esposa la señora Ocampo de Gondra partieron el

Martes para la capital vecina. Van con el objeto de presenciar el acto matrimonial de la señorita Mercedes Paz con el caballero Ocampo.

Con el mismo objeto se embarcó tambien en Ministro de Chile señor Maximo Lira.

—El distinguido José Pedro Ramirez formará un hogar venturoso con la jóven y bella Rosa Richiling.

Dada la posición social que ocupan ambos es de presumirse que la ceremonia nupcial constituirá un verdadero acontecimiento.

—El conocido dilettante Saturnino Pintos Rios ha compuesto una nueva pieza de baile que seguramente alcanzará el éxito que han obtenido sus otras composiciones musicales. Se titula «Tersipcore» y es un cadencioso y bien inspirado boston.

Volveré mañana

I

—¡Adios! adios! Lucero de mis noches,—
dijo un soldado al pié de una ventana,
me voy!... pero no llores, alma mia,
que volveré mañana.
Ya se asoma la estrella de la aurora,
ya se divisa en el oriente el alba
y en mi cuartel tambores y cornetas
están tocando *diana*.

II

Horas después, cuando la negra noche
cubrió de luto el campo de batalla,
á la luz del vivac pálida y triste
un jóven espiraba.
Alguna cosa de *ella* el centinela
al mirarlo morir dijo en voz baja...
alzó luego el fusil, bajó los ojos
y se enjugó dos lágrimas.

III

Hoy cuentan por doquier gentes medrosas,
que cuando asoma en el oriente el alba,
y en el cuartel tambores y cornetas
están tocando *diana*...
se vé vagar la misteriosa sombra
que se detiene al pié de una ventana
y murmura: —No llores, alma mia,
que volveré mañana.

—Os proporciono, lectoras mias, la siguiente carta, rebosando pasión, como una primicia literaria. Tal vez no la conoceis. Sus ejemplares son muy escasos. La mano de un amigo eternamente ausente, la copió para mi recreación: yo os hago participar de ella

I

Considera, amor mio, cuán excesivamente descuidado fuiste.—¡Ay sin ventura de ti!—Traicionáronte fementidas esperanzas, y con ellas me engañaste. Una pasion en que cifrabas tantos deleitosos proyectos, sólo puedo darte ahora una mortal desesperación, apenas comparable á la crueldad de aquesta ausencia. Y este destierro, para el cual toda la fuerza de mi dolor no halla un nombre asaz funesto, ¿ha de privarme para siempre para embebecerme en esos ojos donde tanto amor veia y que me hicieron conocer arrobos que me henchian de contentamiento, que eran todo para mi, que, en una palabra, abastaban á mi vida? Perdieron mis ojos en los tuyos la única luz que los animaba. Lágrimas no más les quedan, ni otro empleo les tengo dado sino el de llorar de continuo desde que supe cómo estabas resuelto á un apartamiento, para mi tan insoportable, que pronto me hará morir. Y, con todo, parécemé que tengo un no sé qué de enamorado apego á las tristezas, de las cuales tú solo eres la causa. Te consagré la vida desde que en ti se posaron mis ojos, y siento en sacrificártela un místico placer. Mil veces al dia van á ti mis cansados suspiros, y no me traen los tristes otro alivio á tantas tribulaciones sino el aviso crudamente sincero de mi desventura, que no me deja alentar esperanza, y á cada instante me repite: "Deja, deja de consumirte en vano, infeliz Mariana! Deja de anhelar por un amado que no tornarás á ver, que pasó el mar por huir de ti, que está en Francia, en medio de los placeres, que no piensa un momento en tus penas, que te dispensa de todos estos trasportes, que no sabe agradecértelos!" Pero ¡no! No puedo resolverme á pensar tan mal de ti. Estoy empeñada en justificarte. ¡No quiero imaginar que me hayas olvidado!... ¿No soy hasta sin ventura ya para atormentarme con falsas sospechas? ¿Por qué he de tener empeño en borrar de la memoria todos los desvelos con que te esmerabas en probarme amor? ¡Ay! Tanto me deleitaban que fuera bien ingrata si no te amase aún con los mismos arrobamientos en que mi pasión me elevaba cuando conseguia los testimonios de la tuya. ¿Cómo es posible que memorias de tan dulces instantes háyanse tornado tan amargas, y que, contra toda naturaleza, sirvan solamente ahora para desgarrarme el corazón? ¡Pobre de él! Púsole tu última carta en un estado singular: tales saltos me daba en el pecho que parecia forcejear para arrancárseme y volar hácia ti. Tan quebrantada quedé de todas estas emociones violentas, que por más de tres horas estuve de todo punto enajenada de los sentidos. Era como si me defendiese de volver á la vida que debo perder por ti, ya que para ti no la puedo conservar. Con harto pesar volví en mi. Era mi regalo sentir que moria de amor, y finalmente, sentíame bien por ver cesar de flajelarme el alma el dolor de tu ausencia. Despues de estos padecimientos tengo sufridas muchas indisposiciones, más ¿puedo vivir sin males en tanto que no te veo? Sopórtalos sin murmurar puesto que de ti provienen. Cuitada de mi. ¿Esta es la recompensa que me das de haberte amado tan cariñosamente? No importa. Estoy decidida á adorarte toda mi vida y á no querer á nadie más. Dígote que harás igualmente bien en no amar á otra. ¿Podria contentarte acaso una pásion menos ardiente que la mia? Tal vez encontraras mas hermosura (y con todo, deciasme en otra horas que yo era bonita), pero no encontrarás nunca tanto amor. No llenes tus cartas de cosas inutiles, y no me digas más que me acuerde de ti. No puedo olvidarte, y tampoco olvido que me hiciste esperar que vendrias á pasar algun tiempo conmigo. Ay, porque no quieres tú pasar conmigo toda tu vida! Pudiese yo salir de este aborrecido convento y no esperaria en Portugal, no, á que se cumplieran tus promesas!... Iria sin escrúpulos en tu busca y te siguiera y te amará en todas partes. Ni aún me atrevo á pensar en que fuese posible esto. No quiero alimentar una esperanza que me daria algun alivio y no quiero sino entregarme á las penas de aqueste infortunio. Conjúro e que me digas ¿porqué te empeñaste en hecharme tanto sabiendo bien que habias de abandonarme un dia? ¿Porque no me dejaste tranquila en mi convento? Hícete algun mal. Más perdona, amor mio. De nada te culpo. Ni estoy en condiciones de tomar venganza de ti, y tan solo acuso al rigor de mi destino. Tambien... al separarnos, paréceme que nos hizo todo el daño que de él pudiéramos temer. No conseguirá desunir nuestros corazones; el amor que puede más que él unirlos para toda la vida. Si algun interes tienes por la mia escribeme muchas veces. Bien merezco que tengas algun cuidado en informarme del estado de tu corazón y de tu vida. ¡Ah sobre todo... ven á verme, Adios: no puedo decidirme á abandonar este pepel para que llegue á tus manos. ¡Quisiera tener yo esa dicha! ¡Qué locura la mia! Bien sé que no es posible. Adios: no puedo más. ¡Adios! Amame siempre. Y haz padecer aún más á tu pobre.—*Mariana.*

SIEMPREVIVA.

CANTO DEL DESTIERRO

De la romanza "Too Jenny"

Angel mio, mi bien adorado,
tierno ensueño del alma adormida,
que visitas mi sien dolorida
en mis noches de angustia y dolor;
bello arcángel que viertes consuelo
en mis horas de ardiente delirio,
cuando el viento veloz del martirio
de mi vida ¡ay! agosta la flor!...

¡Cuántas veces la pálida luna
á tu lado me vió suspirando,
y con frases ardientes jurando
mi pasión infinita y mi fé!
Y al fulgor de sus tibios destellos,
de las noches plateadas de Estío
en las horas tan dulces... bien mio
cuántas veces juraste y juré!

Pero vino la ausencia maldita
á golpear á mis puertas ¡ingrata!
y surcando las aguas del Plata
de tu lado gimiendo partí.
Y mis montes, mis playas, mis selvas
allá lejos quedaban... Llorando,
ay! del alma arranqué suspirando
un ¡adios! á la pátria y á ti!

Hoy en tierras lejanas, distante,
sólo, ardiente, mis lágrimas vierto...
en el árido y triste desierto,
nunca viven el ave y la flor!
En la sombra fatal de mi duelo
mis recuerdos son flores marchitas,
y las horas de ausencia, malditas,
son mis noches de angustia y dolor!

CELESTINO V. DELFANTE.

Montevideo, Mayo 14 de 1898.

UNA VENGANZA

(Cuadro de costumbres criollas)

(CONTINUACIÓN)

Palideció el indiecito ante tamaño insulto, y le cas anetearon los dientes de rábia; pero se contuvo; vió ante si á su terrible enemigo y detrás de él, las penalidades sufridas en los calabozos del Juzgado en tiempos no muy lejanos. Instintivamente llevó la mano hácia atrás, como para desenvainar el facón de bruñido mango de plata, que asomaba por encima de su cinto; no obstante, se rehizo, dominándose á duras penas, y, mordiéndose los lábios en su impotencia y tomando á su compañera de la mano siguió el compás, que en ese preciso instante imprimió el músico á su instrumento, continuado de su estribillo favorito:

Tirame nueces, tirame nueces...

El juez sonreia socarronamente, y contemplaba á la víctima de su invectiva con burla diabólica, en tanto que lanzaba incendiarias miradas á la compañera.

Leoncio, que así se llamaba el insultado por el entrometido Juez, continuó bailando breves momentos, y pretextando una indisposición repentina se separó de la rueda acompañado de su pareja.

La danza siguió alegre y bulliciosa, acompasada del zapateo de los bailarines sobre el duro pavimento de tierra, y las risas con que festejaban la chistosa *salida* del Juez.

A intervalos la voz gangosa del guitarrero dominaba el bullicio cantando su eterno:

Tirame nueces, tirame nueces...

Leoncio sentía ahogarse dentro de la sala; su pecho, oprimido por ánsias infinitas de venganza, no encontraba aire bastante en aquella atmósfera caliginosa cargada con el polvo que levantaban las parejas en su zapateo; salió afuera de aquel recinto caldeado como un horno, y al aspirar la fresca brisa nocturna notó algún alivio en su dolorosa opresión; encaminóse al *palenque*, donde se hallaba su brioso *pangaré*, y cerciorándose de lo bien asegurada que se hallaba la cincha de su apero, se volvió al patio desde donde se puso en observación.

De pronto, y como por encanto, desapareció de su vista cuanto á su alrededor habia, y se encontró en el rancho de sus padres, cuando contaba diez y siete años, allí, en medio de aquel ambiente de felicidad en compañía de sus *viejos*, como cariñosamente denominaba á los que le dieron el ser, y su hermana, una criollita de ojos negros como noche de invierno, y cabellos del mismo color, con lábios más rojos que margaritas silvestres y dientes iguales al maiz morocho, pretendida por todos los paisanos solteros del *pago;* Martina, que era el *alma de la casa*, habia discretamente rechazado á todos sus pretendientes, y se conservaba pura de afecciones en sus *quince*, repartiendo las ternuras de su pecho entre los *viejos* y su hermano. Después pasó por sus ojos una roja nube de sangre: Juan Chumbo, el Juez de Paz de Solís Chico, que habia puesto sus lascivos ojos en el angelical rostro de Martina, y enamorado de tanta gentileza y hermosura, habíala requerido de amores, siendo rechazado, después de haberse reido la muchacha en sus barbas, por sus ridículas pretensiones.

El atribulado Leoncio se distrajo de su dolorosa meditación, al escuchar á un pa sano que con voz de falsete, por querer endulzarla, después de haber llamado al silencio, decia:

Si bajase Dios del cielo
y me dijese:—Querela...
al punto le retrucara:
—No me lo diga dos veces...

Y seguía el consabido:

Tirame nueces, tirame nueces...
que si no me las come
será milagro...

que con voz cascada—á causa de las contínuas libaciones y del canto—entonaba el músico.

Después de un corto intérvalo, oyó distintamente la contestación de la compañera:

Si pa quererme tú esperas
á que baje Dios del cielo,
esperemos que lo haga...
y después te cuento un cuento.

Y entre las risas y la algazara, volvió á oirse la voz de sochantre del guitarrero, que cantaba:

No me tires con limones,
tirame tu corazón
con llave y todo...

El indiecito volvió á entregarse á sus tristes y cruentos recuerdos: vió una noche cercado su rancho, por hombres comandados por el Juez, y que mientras unos ataban á sus indefensos padres con los maneadores, se apoderaba Juan Chumbo de Martina y el resto de la *gente* prendia fuego á la *quinena* del rancho, y él, impotente para defender su honor y su hogar contra tantos enemigos, huyó en pelo de su caballo, el que rodó en tierra herido traidoramente por una bala de remington, y maniatado, herido y castigado á rebencazos, fué conducido á un sombrío calabozo del Juzgado, donde permaneció durante tres largos meses; cuando libre por fin se vió, supo la muerte de sus padres y la de su hermana, ocasionadas por la vergüenza y los sufrimientos.

¡Cuántas desgracias en tan corto lapso de tiempo!

Y desde aquel aciago dia en que hizo un terrible juramento, que no se habia atrevido á poner en ejecución, andaba errante por *pagos* que no eran los suyos, resolviendo al fin, transcurrido mucho tiempo, vivir en los lugares que le vieron nacer; hacia ya como ocho meses que se encontraba de peón en una estancia cercana, y de nuevo aquel maldito Juan Chumbo se atrevia á cruzarse en su camino—sin reconocerlo,—á insultarlo y á mofarse de él, ¿y qué haria?... ¿no habia jurado vengarse?... sí, lo esperaría á que saliera de la sala, y entonces... oh! entonces... y se llevó la mano á la empuñadura del facón.

AMÉRICO S. MANCEBO.

Montevideo, Abril 30 de 1898.

(Continuará).

SANTIAGO BARCO

(Conclusión)

Una hora mas se quedó en oracion, mientras su hijo acababa su preparacion cristiana. Un ruido de pasos acompasados y culatas golpeadas en tierra le hicieron sobresaltar: era el peloton fatal que llegaba al patio de las ejecuciones.

Santiago Barco oyó tambien este ruido; pero ni un músculo de su cara se contrajo. Era la liberacion prevista, esperada, de su corazon cándido torturado por la traicion del amor; estaba dispuesto, se levantó del reclinatorio y se volvió hácia el oficial que entraba como para significar:

—A sus órdenes.

Entonces don Enrique, titubeando como un ébrio, se lanzó á la sacristía, donde el padre capuchino lo esperaba.

—Huyamos, padre mio, balbuceó el marqués; ha llegado el momento terrible; huyamos para que la detonación de la descarga no me entre por los oidos; mejor quisiera las balas en mi pecho.

—Ha prometido usted la resignación para expiar, repuso en tono grave y alentador el capuchino.

—¡No, no! ¡no puedo, no puedo!

El grito de su angustia se habia ensordecido en su garganta.

—Oremos, murmuró el monje.

El padre de Santiago repitió sofocado:

—¡No puedo... no puedo! Imposible soportar que pague con su vida mis faltas, la vida que por una falta le he dado.

Todo su sér impetuoso se exaltaba ahora; con palabras precipitadas, en el tono de mando que el hábito militar colocaba en su boca, agregó:

—Una suprema tentativa, padre. Vaya usted á hablarle del recurso de gracia: aquí está. A una palabra mia, el oficial se atreverá á suspender la ejecución. Hágalo usted; atenúe usted el horror de mi mismo... Vaya usted... pero pronto!

El religioso obedeció con gravedad. Pero no tuvo que pronunciar ni una palabra. A la vista del papel, Santiago comprendió y muy tranquilo, con ademán sóbrio de hombre irrevocablemente resuelto, apartó al monje y significó su negativa.

—Vea usted cómo en su rostro juvenil se transparenta la paz anticipada de su desligamiento de la vida terrestre y su alma mira la pátria celestial. Nunca estará tan bien preparado para una buena muerte. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!

—¡De Dios! ¡De Dios! suspiró. ¡Desgraciado, ¿por qué no apuntaste mejor? Tu suerte no hubiera sido peor y me hubieses salvado de mil muertes por una sola muerte! ¿Está arreglado todo para reclamar el cadáver, amortajarlo y sepultarlo según mis deseos?

—Sí.

—¿Y para la tumba expiatoria?

—Todo está concedido y dispuesto.

—Bien.

El marqués cambió su traje de hermano de la paz y caridad por una capa obscura con capuchón, bastante semejante al traje del fraile.

Partieron para el Paseo de la Quinta, hácia la salida de la ciudad: al pasar bajo un arco ogival donde, en la piedra, está esculpida esta inscripción:

J. C. R. R. R.

el monje tocó el brazo del marqués:

—Lea usted, hijo mio; Jesu-Cristo redentor, rey de los reyes; ruegue usted por la redención de la madre, del hijo y por la de usted.

Anduvieron por un camino desierto á lo largo de las paredes de un jardin y encontraron una cruz de piedra envejecida por cuatro siglos, cuya columna estriada sostiene las imágenes de Cristo y de la virgen; precisamente en aquel momento una explosión ensordecida por la distancia llegó á sus oidos.

—¡Dios mio! ¡ha llegado la hora! exclamó don Enrique, dejándose caer de rodillas al pié de la cruz.

Su postración fué tal que, para levantarlo, el capuchino tuvo que emplear toda la fuerza que le permitia su avanzada edad.

En este esfuerzo involuntariamente ó por cálculo, rozó el brazo herido del coronel. El dolor le arrancó un grito. Pero se obtuvo el efecto de que el mal físico le aliviase por un instante el sufrimiento moral y pudo ponerse otra vez en marcha.

El objetivo final no estaba lejos; media hora después llamaban á la puerta de la cartuja de Miraflores. El padre capuchino habia ido el dia anterior con objeto de disponerlo todo para la entrada del coronel marqués don Enrique de Arnedo.

Por la tarde, el capuchino volvió solo.

Don Enrique no salió jamás.

PONTSEVREZ.

FIN

Bibliografía

Por dar preferencia á los numerosos trabajos de colaboración que publicamos en este número, nos hemos visto obligados á suspender hasta el próximo la seccion BIBLIOGRAFÍA.

Discúlpennos por esta demora los autores de las obras que hemos recibido.

Establecimiento Gráfico á vapor. Convención 82